



EL GORDO Y EL FLACO

Juan Mayorga



Fragmento

El Gordo y el Flaco fue estrenada el 29 de enero de 2000 en el Teatro Adolfo Marsillach de San Sebastián de los Reyes.

Reparto:

José Luis Torrijo EL GORDO

José Luis Mosquera EL FLACO

Dirección: Luis Blat

Escenografía y Vestuario: Ana Garay

Iluminación: Juan Gómez Cornejo

Producción: Pepe Viyuela-El Vodevil S. L.

Esta pieza puede ser interpretada por un gordo y un flaco o por dos hombres de peso semejante. Podría suceder que el llamado "Flaco" fuese más gordo que el llamado "Gordo".

(En una habitación de hotel. La cama es de matrimonio. El GORDO y el FLACO apenas se parecen a Hardy y a Laurel. Bueno, esa ropa en blanco y negro podría ser de Laurel y Hardy. Y, de vez en cuando, en un gesto, en un acento, estos tipos pueden recordar a Laurel y Hardy. Si es que todavía alguien guarda memoria de ellos.)

GORDO.— ¿Palabras o movimientos?

(El FLACO se encoge de hombros. El GORDO y el FLACO van a sus posiciones originales.)

GORDO.— *Dos en Manhattan. Antecedentes: El New York Times...*

(Le interrumpe el grito de Tarzán, que viene de la habitación de al lado.)

GORDO.— Alguien debería ir y decirle que no es el verdadero Tarzán. *(Golpea la pared de que viene el grito.)* ¡No eres Tarzán! *(Pausa.)* ¿En qué estábamos? Ah, sí: ¿Palabras o movimientos?

(El FLACO se encoge de hombros. El GORDO vuelve a su

posición original.)

GORDO.— *Dos en Manhattan.* Antecedentes: El *New York Times* titula en primera página...

(Se interrumpe al descubrir una mancha en el suelo, junto a la puerta. Silencio.)

GORDO.— Yo no uso zapatillas de maratón.

FLACO.— ¿?

(El GORDO señala la mancha.)

GORDO.— ESA HUELLA NO ES MÍA.

(Eleva el pie hasta poner su calzado ante los ojos del FLACO. Éste compara la suela con la mancha.)

FLACO.— En efecto, no te pertenece. Pero no es una huella de maratón. Es una mancha común.

GORDO.— Conque una mancha común.

(El GORDO observa la mancha. La compara con la suela de cuanto calzado encuentra debajo de la cama. El FLACO le ayuda.

El GORDO es tan ordenado como desordenado es el FLACO. Ambos tienen todo tipo de problemas con cualquier objeto. El FLACO siempre acaba rindiéndose al objeto; el GORDO fracasa una y otra vez, pero siempre vuelve a intentarlo.

No encuentran suela que corresponda a la mancha.)

GORDO.— Deberíamos numerarnos.

FLACO.— ¿Para qué?

GORDO.— Para distinguirnos.

FLACO.— Buena idea: numerarnos. ¡Uno!

GORDO.— ¡Dos!

FLACO.— ¡Tres!

GORDO.— Si eres el uno, no puedes ser el tres.

FLACO.— Entonces: ¡Tres!

(Precisamente entonces, alguien llama a la puerta. El GORDO y el FLACO, asustados, se caen de culo al unísono. El FLACO se protege como si fuesen a pegarle en la cabeza. El GORDO va a abrir; el FLACO le sigue. El GORDO se detiene bruscamente y el FLACO tropieza con él, haciéndose daño en la nariz. El GORDO mira al público como diciendo: "Pero qué paciencia tengo que tener". El GORDO abre.)

GORDO.— No hemos pedido ninguna toalla. Tenemos toallas de sobra. Tenemos toallas para parar un tren.

(Cierra de un portazo a alguien a quien el FLACO, pese a sus esfuerzos, no ha llegado a ver.)

GORDO.— Te has levantado con ganas de bronca, ¿eh? Hoy estás buscando bronca.

(El FLACO niega.)

GORDO.— Precisamente el día de nuestro aniversario. Se ve que te has levantado con ganas de discutir.

(El FLACO niega.)

GORDO.— Los días que te levantas así, me dan ganas de agarrar el petate. Los días que te levantas así, me recuerdas a aquel negro antipático. ¿Cómo se llamaba?

(El FLACO no sabe.)

GORDO.— ¿Cuándo fue?

(El FLACO no sabe.)

GORDO.— Ya recuerdo cuándo: el 15 de septiembre. Escurridizo como una lagartija, y metía bien los puños. ¿Gané a los puntos o por KO?

FLACO.— ¿Cómo quieres que lo sepa? Yo no estaba allí.

GORDO.— ¿Cómo que no?

FLACO.— ¿El 15 de septiembre?

GORDO.— ¿Cómo es que no estabas conmigo? ¿Con quién estabas?

FLACO.— No encontramos DURANTE la guerra. Septiembre es ANTES de la guerra.

(Silencio.)

GORDO.— Entonces, ¿no son tus manos las que me secan el sudor de la cara con una toalla, mientras el público grita “¡Mátalo!, ¡mátalo!”? ¿Puedes escucharlo? “¡Mátalo!, ¡mátalo!”.

(El FLACO intenta escuchar el clamor del público. Algo consigue oír.)

FLACO.— ¿Se refieren al negro?

GORDO.— Se refieren a mí. El público está con el otro. El público siempre está con el otro, en todos los combates.

(El GORDO se mueve sobre la cama como un púgil sobre el ring. El FLACO mantiene la oreja en el aire.)

FLACO.— Ahora lo oigo nítidamente: “¡Mátalo!, ¡mátalo!”. Pero no se refieren a ti.

GORDO.— ¿No?

FLACO.— Ningún árbitro te ha dejado nunca subir al ring. Siempre has tenido problemas con la báscula.

GORDO.— ¿Demasiado peso?

FLACO.— Cien gramos de más. Lástima, porque tu opercut no tiene rival.

(El GORDO contempla su propio puño. Lanza un opercut al aire, exclamando: “¡Opercut!”. Otro. Exclama “¡Opercut!” cada vez que golpea el aire. Se hincha de orgullo.)

GORDO.— En cambio, menuda birria es tu crochet.

(El FLACO, en pie sobre la cama, lanza un crochet al aire. Otro. Cada vez que golpea el aire, exclama tímidamente: "¡Crochet!".)

FLACO.— Igual me da. Nunca me dejan combatir.

GORDO.— Siempre te faltan cien gramos.

FLACO.— Siempre hemos tenido problemas con la báscula.

(Pausa.)

FLACO.— La gente le da mucha importancia a lo que pesas. Lo primero que hacen es ponerte en una báscula. "Dos novecientos": lo primero que mi padre supo de mí. Nada de "Tristón", o "Pusilánime", o "Metepatas". "Dos novecientos".

GORDO.— A mi viejo, igual. "Tres cien". Nada de "Optimista", "Emprendedor", "Desafortunado". "Tres cien". Desde el principio tuvimos problemas con la báscula.

FLACO.— Todos mis hermanos, tres kilitos, ni un gramo más ni un gramo menos.

GORDO.— Mis hermanos, igual: tres kilitos, lo clavaron.

FLACO.— Yo, en cambio... A los once meses, cuatro cien.

GORDO.— Yo nueve ochocientos a los cinco meses.

FLACO.— Seis seiscientos a los cuatro años.

GORDO.— Treinta y nueve cuatrocientos a los tres.

FLACO.— Trece a los quince.

GORDO.— Ochenta y dos a los catorce.

FLACO.— Treinta y cuatro a los dieciocho.

GORDO.— A los dieciocho, ciento cuarenta y seis.

FLACO.— En la playa, todo el mundo me miraba.

GORDO.— En la playa, la gente se sentaba a mi alrededor a mirarme.

FLACO.— Siempre hemos tenido problemas con la báscula.

(Pausa.)

GORDO.— ¿Cuánto crees que pesa el nuevo botones?

(El FLACO cae de culo.)

FLACO.— ¿El nuevo botones?

GORDO.— *(Al público.)* Éste se cree que me chupo el dedo. *(Al FLACO.)* ¿No te has fijado en él? Hace un momentito. No había nadie más. Éramos tres. El tercero era él, el nuevo botones. ¿Qué peso le echas?

(El FLACO no sabe. Se pone en pie, doliéndose del golpazo.)

FLACO.— Siempre hemos tenido problemas con la báscula.

GORDO.— Hasta que a alguien se le ocurrió la IDEA. La humanidad está en deuda con los ideólogos. Franklin, por ejemplo. *(El FLACO se distrae con cualquier cosa, lo que irrita al GORDO. Éste le obliga a prestar atención.)* Franklin ve la antena y la chispa y se le ocurre: “Vamos a juntarlas”. Igualito aquel ideólogo al que se le ocurrió la idea del Gordo y el Flaco. Ve a uno por allí, a otro por allá, y dice: la risa que debe de dar, ver juntos a estos dos tíos.

(De debajo de la cama saca un espejo. Está lleno de polvo. Para limpiarlo, el GORDO pide ayuda al FLACO, que tarda en reaccionar. El FLACO mancha de polvo al GORDO. Del modo más inverosímil, limpian el espejo. Se contemplan en él. Silencio.)

GORDO.— En seguida nos dimos cuenta de que era una gran idea. Todos se tronchaban nada más vernos. ¿No es graciosísimo? ¿No es para morirse de risa?

(Se troncha. El FLACO no se atreve a no reír.)

FLACO.— *(Osando apenas.)* Y sin embargo...

GORDO.— ¿Sin embargo?

(Al GORDO se le ha cortado la risa.)

FLACO.— Alguien podría pensar que podríamos renovar nuestra imagen.

GORDO.— ¿?

FLACO.— Alguien podría pensar que podríamos introducir algún cambio en nuestro vestuario.

GORDO.— ¿Qué tiene de malo nuestro vestuario?

FLACO.— Alguien podría pensar que podría ser anticuado.

GORDO.— Tonterías.

FLACO.— Alguien podría echar en falta un poquito de color.

GORDO.— Si nos viese cubiertos de colorines, nuestro público quemaría la pantalla.

FLACO.— Un detallito. Una manchita.

GORDO.— Empezamos por una manchita de color y acabamos vestidos como maricones.

FLACO.— Una pizca. En la corbata.

GORDO.— ¡No! *(Se ha enfadado muchísimo. Al público:)* Está visto que lo del espejito ha sido una ocurrencia desafortunada. Voy a encender la tele, a ver si mejora la situación. *(Quiere ir hacia la tele, pero el FLACO lo retiene ante el espejo.)*

FLACO.— Si aquel combate fue en septiembre... ¿Qué edad tenemos ahora?

GORDO.— No sé. No lo sé todo. No puedo saberlo todo.

FLACO.— ¿Te parece mal que hablemos de estas cosas?

GORDO.— Sin abusar. No olvides que somos materialistas.

FLACO.— ¿Crees que la gente puede entendernos? Me refiero al lenguaje. Las palabras.

GORDO.— Por supuesto que no pueden entendernos. Somos especialistas.

FLACO.— ¿Somos tan viejos?

GORDO.— Viejos o jóvenes, eso es relativo. Depende de con quién te compares.

(Rumia: "Cualquier día agarro el petate y no me vuelve a ver el pelo". Se echa en la cama y enciende la tele. Lo que ve en pantalla le desagrada: una película de Chaplin.)

FLACO.— *(A su propia imagen, en el espejo.)* Sexo seguro. Monogamia. Funcionariado. ¿Es ésa tu forma de entender la vida?

(El GORDO le chista.)

GORDO.— *(Quedo, como si el público no debiera escucharlo.)*
¿Qué pasa? ¿Es que el próximo gag no va contigo?
FLACO.— *(Quedo.)* ¿Cuál es el próximo gag?
GORDO.— *(Quedo.)* Lo de Chaplin. El gag de Chaplin.

(El FLACO se echa en la exigua región de cama que el GORDO deja libre. Se hacen gestos como equilibristas que hubiesen de sincronizar sus movimientos. En la tele siguen pasando la película de Chaplin.)

GORDO.— Los muy hijosdeputa. Tampoco hoy han encontrado tiempo para el Gordo y el Flaco. Charlie Chaplin... Ese tío soso.
FLACO.— Tío plomo.

(El GORDO interrumpe la acción. Coloca al FLACO en otra postura.)

GORDO.— Charlie Chaplin... Ese tío soso.
FLACO.— Tío plomo.
GORDO.— Castaña.
FLACO.— Coñazo. Toda la vida repitiendo las mismas payasadas. Toda la vida haciendo las mismas payasadas por culpa del cine.
GORDO.— No hables mal del cine.
FLACO.— ¿Se ha acabado ya el gag de Chaplin?
GORDO.— Gracias al cine estamos donde estamos.

(Del minibar saca palomitas de maíz. De debajo de la cama, un montón de cintas de vídeo. Duda entre dos vídeos: ¿Dos en Pekín? ¿Dos en Transilvania? Pone uno. Es una peli de Laurel y Hardy. El GORDO se descojona con la peli. Dobla la voz de Hardy.)

FLACO.— Gracias al cine estamos donde estamos. ¿Dónde estamos?
GORDO.— ¿No lo sabes? A la izquierda.
FLACO.— Sé que estamos a la izquierda. Pero a la izquierda ¿de qué?

GORDO.— Tú sabrás. Tú eres el que te asomas al pasillo.

FLACO.— *(Mirándose una mano y luego la otra.)* ¿Y si nos hemos equivocado de orientación?

GORDO.— Te asomas, ¿te crees que me chupo el dedo? Ahora, que el día menos pensado agarro el petate y no me vuelves a ver el pelo.

(Bosteza. La peli le está aburriendo.)

GORDO.— Si no me importa. Tú asómate, que no me importa. A ti te gusta asomarte. A él le gusta que te asomes.

(Se duerme.)

FLACO.— ¿A quién?

(Se da cuenta de que el GORDO se ha dormido. El FLACO mira la puerta. Sigilosamente, se mueve hacia ella. A un respingo del GORDO reacciona el FLACO volviendo a la cama de un salto. Falsa alarma: el GORDO ronca. El FLACO va a volver a intentarlo. De pronto, el GORDO despierta asustado, salta de la cama como si fuera un lugar peligroso y mira al FLACO con desconfianza. Está a un lado de la cama, como en una trinchera.)

GORDO.— He tenido una pesadilla.

FLACO.— ¿Sí?

GORDO.— He soñado contigo.

FLACO.— ¿?

GORDO.— Yo estaba FUERA. Quería entrar. Pero tú estabas en la puerta y me lo prohibías. Yo te preguntaba: “¿Y si te la chupo?”. Tú: “Te dejaré que lo hagas, para que no pienses que no lo has intentado todo. Pero, por favor, límpiate los dientes primero”.

(Pausa.)

GORDO.— Bah, es sólo un sueño. El caso es que, al despertar, estoy DENTRO.

(Se echa como antes.)

FLACO.— Pues yo también he tenido una pesadilla.

GORDO.— ¿Tú solito?

FLACO.— He soñado contigo.

GORDO.— ¿?

FLACO.— Para follar, te habías cortado el miembro. Yo te decía:
“No era necesario tanto. Un condón habría bastado”.

(Pausa. El GORDO se mira entre las piernas, debajo de la sábana.)

GORDO.— Bah, es sólo un sueño.

(Vuelve a ver la peli. Se descojona. Dobla la voz de Hardy. Bosteza.)

GORDO.— Si no me importa. Tú asómate al pasillo, que no me importa. A ti te gusta asomarte. A él le gusta que te asomes.

FLACO.— ¿A quién?

GORDO.— ¿A cuántos has conocido ya? Al principio, todos parecen una mosquita muerta: “No quiero pasarme la vida subiendo y bajando maletas voy a meter las propinas en una hucha me voy a pagar un curso por correspondencia en seis meses me saco el título de recepcionista... perdóneme, ya sé que no se debe hablar con los clientes es mi primer día estoy un poco nervioso en alguna habitación deben de estar esperando esta toalla”. Todos son iguales, pero a ti cada uno de ellos te parece extraordinario. Anda, asómate. Si lo estás deseando.

(El FLACO hace un gesto de desgana.)

FLACO.— Lo que me gustaría es ver este lugar desde fuera.

(Silencio. Al GORDO le resulta insólito el deseo que el FLACO acaba de exponer. Apaga el vídeo.)

GORDO.— El hotel, ¿desde la acera de enfrente? ¿A eso te

refieres?

(El FLACO da vueltas mirando el lugar.)

GORDO.— Tú verás qué haces. Acabarás por pararte, así que más vale que lo hagas ya. Acabarás por marearte. ¿Es ésa tu intención, marearte?

(El FLACO sigue dando vueltas, mirando el lugar. Se detiene.)

FLACO.— ¿Es esto un hogar?

GORDO.— En cierto sentido, sí.

FLACO.— ¿Somos una familia?

GORDO.— En cierto sentido.

FLACO.— ¿Somos un matrim...?

GORDO.— ¡¡¡No!!!

(Pausa.)

GORDO.— Somos... Una dualidad... No, una dualidad no, una dicotomía... Una bisección... Una pluralidad... Un grupo. Eso es: un grupo. Un grupo simpático... No, simpático no, un grupo... animado... jovial... alegre... Eso es: *somos un grupo alegre.*

FLACO.— Pero...

GORDO.— No hay pero que valga. Somos un grupo alegre el día de su aniversario y es hora de repasar. ¿Palabras o movimientos?

FLACO.— Precisamente... De eso quería hablarte... De nuestro aniversario.

GORDO.— ¿?

FLACO.— Me refiero al regalo.

GORDO.— ¿No estarás intentando decirme...? Tiene que ser una sorpresa.

FLACO.— Me refiero a que cuentas con él: cuentas con mi regalo. ¿Qué harías si faltase?

GORDO.— Qué tío más gracioso eres, ja, ja, ja. Tu regalo nunca va a faltarme. Lo sabes tan bien como yo.

(El FLACO va a hablar, pero la mirada del GORDO lo enmudece.)

GORDO.— ¿Palabras o movimientos?

(El FLACO se encoge de hombros.)

GORDO.— Tú te lo tomas a guasa, pero estar preparados es parte del trabajo de un actor. Estar preparados es lo más importante. El resto apenas tiene importancia. Repito la pregunta: ¿Palabras o movimientos?

(El FLACO se encoge de hombros. Cabreado, el GORDO va a su posición original. Indiferente, el FLACO va a la suya. Inmóviles, con los acentos de Laurel y Hardy, repasan el diálogo de una vieja película. El GORDO vigila que el FLACO diga bien su parte.)

GORDO.— *Dos en Manhattan*. Antecedentes: El *New York Times* titula en primera página: “Ola de robos en el distrito”. El comisario dice al sargento: (Voz de comisario.) “Si no hace usted ningún arresto, perderá su placa”. El sargento nos cita para proponernos un trato: (Voz de sargento.) “Esta noche, entráis a robar en la casa del comisario, yo os arresto, quedo bien con el comisario y os suelto”.

FLACO.— ¿Y no nos pasará nada?

GORDO.— Claro que no. El sargento lo arreglará todo y nunca olvidará lo que hemos hecho por él. Es bueno tener amigos en todas partes, sobre todo en la policía. Antes de entrar en la casa del comisario, vamos a numerarnos.

FLACO.— ¿Para qué?

GORDO.— Por si nos perdemos ahí dentro. Para distinguirnos.

FLACO.— Buena idea: numerarnos. ¡Uno!

GORDO.— ¡Dos!

FLACO.— ¡Tres!

GORDO.— Si eres el uno, no puedes ser el tres.

FLACO.— Entonces: ¡Tres!

GORDO.— Olvidemos las matemáticas. Escúchame bien. Para entrar en la casa del comisario, tenemos que saltar este muro. Yo te ayudaré a subir.